

Desvelos quiméricos

Mariana Bernárdez

incluido en el libro colectivo *Labrar en la tinta*. Prólogo de David Huerta. Latina Imprenta Editorial, UAM y UNAM. México, 1988.

Rompiendo los ligamentos
las estrellas del silencio
gimen la omisión.

Respiro hasta la inutilidad
el ascenso a las entrañas
a la niebla
de expresión encarnada.

El azar enramado
el filamento embalsamado
niegan la claridad volcada
Y ya sobre el desvelo
soy profundidad
esclarecida
lámpara púrpura
quimera velada
cuando despiertas
de tu muerte.

Es la historia de siempre
con los personajes de antaño
representan la farsa ideal
entretejiendo los hilos adecuados
para saber quién cae primero
ante el desengaño.

Es el cuento contado
de estar soñando no dormido
temor de quedarse seco
y sorprendernos
ante la soledad.

Es la ira cotidiana
de las ventanas aflojadas
las humedades a medio rumiar
es el "run run" del tren
alejándose por las calles
de una ciudad titán
capaz de atestar
con golpe certero
al primer descuido
la odio
todos se fueron por la misma vía.

Estoy harta de oír las mismas palabras
con el sonsonete acostumbrado
de pronunciarme
poseedora del secreto ancestral
germinando humus
para rechazar la renuncia
desposeída de contornos.

Es igual que antes
la ironía supeditada a mis actos
al aire de mis movimientos
cuánta rabia echada pa´delante
tirando con fuerza mis cuerdas vocales
con el susto de romperme
de volverme al golpe hueco
al astro desvanecido
mareo de vivir velos doloridos
¿y afuera?
afuera
ya no importa
lo que pasa afuera...

La señal evidente
del claustro inevitable
clava sobre mis venas
el astro
del desencuentro.

El desorden
origen del anhelo
es la espera
segundo de estatua
decaída
el bramido
retorna incesante
a mis labios
después la línea yace
delimitando
la letra.

Ángeles provienen
de la tierra
iracundos de mar y agua
desfiguran el andamiaje
embusteros de las hadas
yerguen el suspiro
palpita mi rostro
de vidrio
narro el desengaño
celebro la sospecha
mis dedos escasean
tirada sobre la hierba
recubro la estirpe
el templo
donde vi la luz primera
de este nuestro cautiverio.

Tuve un hijo de nadie
hilado de tregua
bordó mi vientre
durante plenilunios
lo arrastré
 por los vientos
ajeno al tañido
lo nutrí de nubes.

Sin saber de la nada
 del cansancio
los relapsos
 con sus erratas
no rozaron el sigilo
 de su despliegue
lo siento parpadear
gritarme la ingratitud
no comprende
es demasiado tenue
para saber del destierro
prefiero guardarlo aquí
resignarlo a la soledad
 a la revelación
enterrarlo pecho adentro
agriando los músculos
prefiero oír su quejido
 golpear las caderas
al reproche desierto
por no darle
 un cuerpo
 un alma.

Tuve un hijo de nadie
 de un fantasma
 de un desertor
es mío
posee al habla
con piel translúcida
Y aunque todavía
no anuncia
 el día
 de su nacimiento
veo su sonrisa
 hurtando mi boca
cuando estampa
 un beso húmedo
hacia mis recovecos.

Durante las noches
sueño con la playa
 la evocación
extraño el cuarto
las lluvias rabiosas
 de julio
cuando se va la luz
y prendo la vela.

Nostalgio la huida
el demasiado "inevitable"
el buscarte dentro del sueño
 el aura del sueño,
pero llega la traición
alguien rompe el techo
 las paredes
y corro a escribirme
para no llorarme.

Noviembre
diluvia fuego
 el invierno
en qué tarde
 arropada entre ti
se hizo el llanto
 nunca llorado
trazo sin sosiego
lúgubre lamento.

Dentro del descuido
voy rescatando
 albores
parece insólito
 el crepúsculo
 sin tu voz
cómo dejar de amarte
cómo huirme
 de la somnolencia
cómo
 si soy incapaz de nombrarme
 sin nombrarte.

Cuelga la vida
 como hilo zozobrado
acantilado abrupto
 que rasga
 el testimonio
de frío penetrante
hunde sus púas
 en el verbo
sombras donde ando
 y absuelvo
 a despertar.

Plena de borrasca
tirito ante esta
 pena frágil
cuánto augurio de ti
huele a diciembre
 a otoño
nafragio consciente
 incierto
blasfemia pronta
 a soltarse
inquieta hoguera
 donde no se purifica
 la penumbra
destello aferrante
¿quién ríe de mí?
¿quién burla esta llaga?
¿cómo es posible
 que el mundo
 no se conmueva
 ante esta espada?